El Pájaro moderno

por Toribio Ríos Uives

EN el Templo de la Inmortalidad todo es quietud y silencio, Miles y miles de tumbas se divisan al frente, sus lápidas de color gris y sus letras de oro anuncian de una manera muy clara quienes descansan en las mismas; Personajes que han enriquecido la Historia y la Literatura.

Solo el viento frio de la noche y los pasos arrastrados del guardián de ese mundo, rompe el silencio sepulcral.

De pronto aparece un jinete de aspecto esquelético que se para ante el guardián y que con ademán imperioso le entrega un pergamino enrollado. Mientras el jinete se baja de su montadura y su larga y flechuda figura, desaparecen en las sombras de la noche, el guardián se dirige a una majestuosa tribuna levantada ante las interminables hileras de tumbas.

El guardián — estravagante enano con larga barba que le llegaba a sus desformados pies — hizo sonar una trompeta de cuerno con un chillido tan ensordecedor, que el eco repitió por lo menos diez veces. Como por arte de magia las tumbas se habrieron saliendo guerreros, reyes y principes de todas edades y épocas, vestidos con lujosos vestidos, la mayoría llevaban en sus cabezas coronas de oro y plata que la luna hacia relucir de un modo sorprendente.

El guardián abriendo el pergamino tan alto como el, escrito con letras de fuego, leyó con voz clara y potente.

"El muy ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, hace saber a los Caballeros siguientes: Don Rodrigo de Vivar, Don Pelayo, Don Jaime I, Don Carlos I, que pasen inmediatamente a la sala de reuniones para informarles de un asunto que les interesa."

Una vez terminada la lectura, el enano gritó:

— ¡Los demás pueden retirarse!

Con la misma rapidez que salieron de las sepulturas volvieron a ellas, quedando unicamente en pie los que habian sido nombrados, que a grandes pasos siguieron al guardián a la sala de visitas, donde se hallaba Don. Quijote Cabibzajo y con expresión extraña. La sala era de aspecto tétrico solo alumbrado por un candel que apenas hacía visible la estancia.

El Cid se adelantó un paso y preguntó.

¡Nuestra impaciencia es grande a vuestra llamada y solo le preguntamos! ¿a que nos llamais señor?

Don Quijote perdiendo su extraña actitud exclamó:

— ¡Caballeros, La Patria os necesita!

A esta exclamación siguió un sinfín de preguntas:

— ¿Alguna invasión?

— ¿A caso la barbarie morisca de nuevo?

— ¿Tal vez piratas?

— ¿Algo peor caballeros — gritó D. Quijote, y al ver que todos se callaban prosiguió — Por favor permitidme que os explique. Como muy bien sabe el Caballero de la Guardia, hace días que estoy ausente de nuestro mundo; con mi Rocinante corrí valles y prados, cruzé montañas y rios, corrí corrí y corrí. y solo mi marcha se paró ante un monstruo.

— Un monstruo exclamaron todos a coro.

— Si, un terrible monstruo que pasó rozandome y luego desapareció en el aire por arte de encantamiento; al otro día lo esperé y igualmente desapareció de esta manera y así un día y otro. día he pasado veinte días y veinte noches buscando la ocasión de entablar combate y batirle y hasta haber no me convencí que no queria luchar, pues más rápido y veloz que mi rocinante, me burló nuevamente, por lo tanto me he decidido venir a pedir vuestra ayuda, porque ese monstruo es un enemigo de la Humanidad y debemos librar esa bestia del mundo.

— Y como es ese monstruo.

— ¡ Ah por lo poco que le he visto, ya que pasa como alma que se lleva el diablo, solo puedo decir que tiene unas alas tan grandes que no son de ningún hijo de algún cuervo de este mundo, tiene unos ojos del color de la sangre de sus victimas, y que rugen como setecientos dragones juntos; su guarida es una cueva imposible de franquearla, pero siempre a la misma hora se deja ver para dar un paseo, y ha de ser entonces cuando debemos darle el golpe fatal. Otra vez la Historia y el Mundo reconocerán nuestra hazaña.

Todos escuchaban atentamente al Caballero de la Mancha y este preguntó:

— Nobles y valerosos Caballeros ¿verdad que me ayudareis?

— ¡Si! — gritaron todos

— Entonces no hay que perder tiempo Caballero Cid, necesitamos cincuenta de sus aguerridos hombres

— Los tendrá — afirmó el aludido.

— Los demás debemos prepararnos, la noche será larga y fría y la pelea dura. Todos a sus puestos — ordenó triunfante D. Quijote.

En unos momentos se concentró un poderoso ejército de animosos guerreros que estaban dispuestos a hacer un bien a la Humanidad; Don. Quijote que se proclamó jefe de ese ejército se colocó al frente del mismo acompañado de su fiel escudero Sancho Panza. Don. Quijote levantó su lanza y antes de fustigar a su rocinante gritó:

— ¡ Hombres de guerra y de armas! ¡Desenvainad vuestras espadas invencibles en tantas batallas! La nación nos necesita una endiablada ave de rapiña azota nuestra patria, la echaremos de nuestro suelo ¡venceremos! dispuestos a la lucha ¡marchen!

Todo el ejército emprendió veloz carrera con vivas a Don. Quijote el guardián con los ojos llenos de emoción, sintió no poder ser uno más de tan magnífico ejército.

— Que ocurre — preguntó una voz grave a sus espaldas.

— ¡ Ah sois vos Don. General

— Me ha parecido oír gritos de guerra,

— En efecto sus oidos no le engañan, era el ejército de Don. Quijote —

— dijo con orgullo el Caballero de la Guardia.